

con ejemplos o casos que empíricamente prueben las bondades atribuidas a esas tecnologías, aunque esto tal vez rebasaría los propósitos del libro. El epílogo explora nuevas rutas que a juicio del autor permiten una mejor comprensión de la administración pública.

Doceavo y último, creo que es un acierto del Fondo de Cultura Económica haber tomado la decisión de publicar este libro, que estoy segura va a convertirse en lectura obligada para muchos grupos interesados en contar con mejores administraciones públicas, y sobre todo que contribuyan más y mejor a la solución de los graves problemas que aquejan a una buena parte de nuestras sociedades.

MARÍA DEL CARMEN PARDO

James Traub, *The Best Intentions. Kofi Annan and the UN in the Era of American World Power*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2006, 419 pp.

El año 2007 se inició para Naciones Unidas con la salida de dos de sus personajes más emblemáticos en los últimos años: Kofi Annan y John Bolton. El primero concluyó sus funciones como secretario general de la organización. El segundo, tras la derrota republicana en las elecciones de medio término para el Congreso, abandonó su puesto como representante permanente de Estados Unidos ante la ONU frente a la posible negativa de su ratificación por el Legislativo de su país. A la luz de estos acontecimientos, el libro publicado por James Traub no pudo haber aparecido en mejor momento. Es un recuento de la relación tan compleja entre el gran poder hegemónico y la organización ecuménica por excelencia representados, en gran medida, por Annan y Bolton.

The Best Intentions. Kofi Annan and the UN in the Era of American World Power es un examen de los años de Kofi Annan como secretario general de Naciones Unidas. Traub escribió este libro basándose en entrevistas que realizó entre el verano de 2004 y el otoño de 2005. Complementó la información con su asistencia a diversas reuniones del secretario general tanto con su equipo en Nueva York como con jefes de Estado y otras personalidades en diversos países. Ello lo llevó a estar en contacto directo con Annan y con sus colaboradores más cercanos. Pese a su simpatía por el secretario general y su aversión hacia John Bolton —mostrada en frases como “Bolton era algo así como una quinta columna en el Departamento de Estado de Powell que tenía tendencias internacionalistas” (p. 367.) o “debido a su temperamento y creencias, Bolton no parecía encajar en el equipo moderado y pragmático que Condoleezza Rice había integrado” (p. 368.)—, el autor logra hacer un recuento objetivo de la relación entre Estados Unidos y la ONU. Incluso llega

a ser muy crudo al señalar que Kofi Annan se convirtió en un “lame duck” tras el escándalo de lo de “petróleo por alimentos” (p. 330.).

Uno de los mayores aciertos de este libro es que no se limita a los años recientes (que por demás fueron los más conflictivos), sino que se extiende a todo el periodo de Annan, incluyendo la administración de Clinton. Al tomar en cuenta ambas administraciones, el autor narra cómo los impulsos unilaterales de Washington tienen un pasado que se remonta a fechas anteriores al 11 de septiembre, cuando Madeleine Albright estaba al frente del Departamento de Estado. Los dos acontecimientos que lo marcan son Iraq y Kosovo. A pesar de que uno de los aciertos es la inclusión de ambas administraciones, no deja de ser sorprendente que la primera y segunda parte del libro no correspondan a cada una de ellas. Esto hace pensar que la división es arbitraria.

Por lo que se refiere a la segunda parte, el análisis que hace Traub en el capítulo titulado “Bosnia nunca más” es fascinante, pues, por primera vez, se publica el debate dentro del secretariado sobre intervenciones humanitarias. Por supuesto, en el centro de la discusión se encontró el artículo 2 (7) a propósito de la no intervención. A pesar de ello, Annan inició la idea de una doctrina de intervención. Esto, unido a las iniciativas para el desarrollo que cristalizaron en el *global compact* al que llamó el secretario general y los objetivos de desarrollo del milenio, hacen que Traub caracterice, muy acertadamente, a Kofi Annan como un “emprendedor de normas”.

Sin embargo, las normas e ideas muchas veces no se plasman en documentos y acciones como bien narra Traub en lo referente a la crisis en Darfur y la reforma de la ONU. En el caso de la primera, a pesar de un supuesto desarrollo de la doctrina de la “responsabilidad de proteger”, poco se ha hecho por mitigar la catástrofe humana en Sudán, como sostiene el autor. Frente a la reforma, la llegada de John Bolton como embajador estadounidense complicó las negociaciones con su estrategia nuclear, como la denomina Traub, en la que el documento final tenía que ser como él lo quería o, de lo contrario, nada se podría acordar. La narración de todo el proceso marca una de las más fuertes contradicciones de la hoy potencia mundial al indicar que los aliados del poder hegemónico en la obstrucción de la reforma fueron Cuba y Venezuela, dos de sus principales enemigos. Por otro lado, es muy ilustrativa de la política burocrática de Washington, ya que Bolton siguió su propia agenda; lo que él decía poco o nada tenía que ver con lo que había planteado ya la enviada especial de Condoleezza Rice, Shirin Tahir-Kheli.

Los problemas con Estados Unidos no fueron únicamente por la reforma de la organización, sino que Annan enfrentó una gran presión por parte del poder hegemónico debido al escándalo “petróleo por alimentos”.

Incluso, según lo argumenta el autor, Richard Holbrooke –quien había apoyado a Annan para que el Congreso en la administración de Clinton autorizara el pago de las cuotas al presupuesto ordinario– sostuvo una reunión con el secretario general en la que le solicitó la salida de algunos de sus más cercanos colaboradores y la entrada de uno de los personajes probablemente menos queridos en el secretariado y que representaba el dominio de Estados Unidos y el Reino Unido sobre la organización (quizá más en la apariencia que en la práctica): Mark Malloch Brown.

Tal vez muchos incluirían Afganistán e Iraq en sus periodos de consolidación de la paz como parte de los fracasos de la ONU bajo la administración de Annan. Sin embargo, el autor explica cómo el poder hegemónico regresó a Naciones Unidas para lograr una solución política. Incluso, los esfuerzos de la ONU en Iraq llevaron a la muerte de 19 miembros de la comunidad de Naciones Unidas –incluido uno de sus más importantes funcionarios, en quien se llegó a pensar que podría ser su secretario general, Sergio Vieira de Mello–, tras un atentado a su sede en Bagdad que marcó “el fin de la inocencia de la ONU”. La bandera azul ya no es garantía de la seguridad del personal. Detrás de ambas narraciones se encuentra una lección que, probablemente, sea de las más importantes del libro: Estados Unidos todavía necesita a Naciones Unidas. Pocos miembros, y por supuesto Estados Unidos no figura dentro de ellos, gozan de la neutralidad y legitimidad de la organización en negociaciones de paz.

A unos cuantos meses de la salida de Annan difícilmente podemos hablar de una administración exitosa o fallida. Mientras que el secretario general mostró ser un “emprendedor de normas” (en el debate mundial sobre la responsabilidad de proteger o en su trinomio en el que seguridad, desarrollo y derechos humanos son temas dependientes el uno del otro), Iraq, el escándalo “petróleo por alimentos”, Darfur y los informes de abuso sexual por parte de tropas de Naciones Unidas en la República Democrática del Congo se unen a una larga lista de fracasos. Sin embargo, hasta que la distancia en el tiempo nos permita tener una visión más objetiva, el libro de Traub es el mejor instrumento para el análisis de la administración de Annan y su convulsionada relación con Washington.

DIEGO DEWAR

Thérèse Delpech, *L'ensauvagement. Le retour de la barbarie au XXI^e siècle*, París, Grasset, 2005, 370 pp.

Léon Bloy escribió en 1905: “Estamos en el prólogo de un drama inaudito tal como no se ha visto en muchos siglos.” Desgraciadamente no se equivo-